

inglés (*Anglisky polkownik!*), le asestó otro cosaco un sablazo en la cabeza, y de fijo lo hubiese rematado un tercero si un oficial ruso no se interpone y le salva, ya completamente desvanecido.

A raíz del tratado de Fontainebleau le nombraron comisario del gobierno inglés y con tal carácter se presentó al Emperador, quien le había recibido «paseando por su aposento, despeinado y con aspecto de fiera en la jaula». Informóle Campbell de que, según instrucciones de lord Castlereagh, no tan sólo debía celar, como los demás comisarios, el viaje de S. M., «sino residir en la isla de Elba mientras el Emperador considerase útil la presencia de un militar inglés». Además, tenía órdenes personales de «cartearse con su gobierno sobre el cumplimiento de su comisión y de dirigirse, en caso necesario, á todas las autoridades civiles y militares del Mediterráneo en demanda de auxilio». El procedimiento postal se dejaba á la discreción del comisario, es decir, que se le exigía correspondencia cifrada.

El papel de Campbell en la isla no convenía muy airosamente á un jefe del ejército británico, pues era á la par espía y carcelero, sin desempeñar á las claras ni uno ni otro oficio, ya que debía alternar en sociedad. Desempeñaba conscientemente sus funciones, no sin saberle á rejalgos los desaires que el desempeño le valía. Para no estar en tan enojoso embarazo, prometió retirarse Campbell á la llegada de la Guardia y definitiva toma de posesión de la isla por el Emperador, pero recabó al mismo tiempo del mariscal Bertrand (27 de Mayo) una comunicación oficial rogándole que no partiese: «Parece indispensable la presencia del coronel Campbell en Porto-Ferraio. No puedo por menos de reiterarle cuán agradables son para el Emperador Napoleón su persona y su presencia (1).»

Bien sabía Bertrand que Campbell era indispensable en la isla, pues si se marchaba no quedaría lazo alguno entre los gobiernos europeos y el Emperador, que al fin y al cabo era un proscrito abandonado entre las olas á las eventualidades del porvenir, que podía ser insultado y preso, y ver su isla bombardeada y saqueada á pesar de su ejército y de los diez y seis cañones del brique, sin que nadie le protegiera ni tener nadie por cuya mediación protestar y reclamar. Por

(1) CAMPBELL, p. 96.

el contrario, la presencia de Campbell era prenda de respeto, la fianza del Tratado, casi un embajador que daba apariencias de realidad á aquella irrisoria soberanía de que tanto se pagaba el Emperador. Campbell se encargó de que en Argel se reconociera el pabellón elbense y de advertir, por mediación del cónsul inglés, al bey de Túnez, cuyos barcos pirateaban por el Mediterráneo, «que las potencias aliadas se habían comprometido á mantener en respeto el pabellón elbense con tanto honor como el de Francia». Campbell fué á la hostil é inquietante ciudad de Liorna con encargo de negociar un reglamento de navegación (1), y también pidió y obtuvo de su gobierno un brique, en el que Leticia Bonaparte pudiese embarcar convenientemente protegida. Por fin, el coronel Campbell allanaría cualquiera dificultad que surgiera con el gobierno francés.

El comisario de Inglaterra desempeñaba gozosamente todos estos buenos oficios, bajo cuya capa cumplía los de vigilancia disimulada. Llevaba, al efecto, un diario de cuanto presenciaba y tenía siempre á su disposición, en la rada de Porto-Ferraio, un buque de guerra que hacía la ida y vuelta entre la isla y el continente, á fin de reclutar y sostener en las costas de Italia, en Sicilia y en la misma Roma, agentes encargados de tomar informes y confrontarlos con los de él y con los del general austriaco Stharenberg, gobernador militar de Toscana. Además, estaba Campbell en constante relación con la escuadra inglesa del Mediterráneo (2). No tenía reparo en solicitar audazmente el concurso de los que en la misma isla creía dispuestos á escucharle. Si le salía bien la prueba, tanto mejor; y si no, poco le importaba que le descubrieran, pues su oficio no era un misterio para nadie.

(1) CAMPBELL, p. 99.

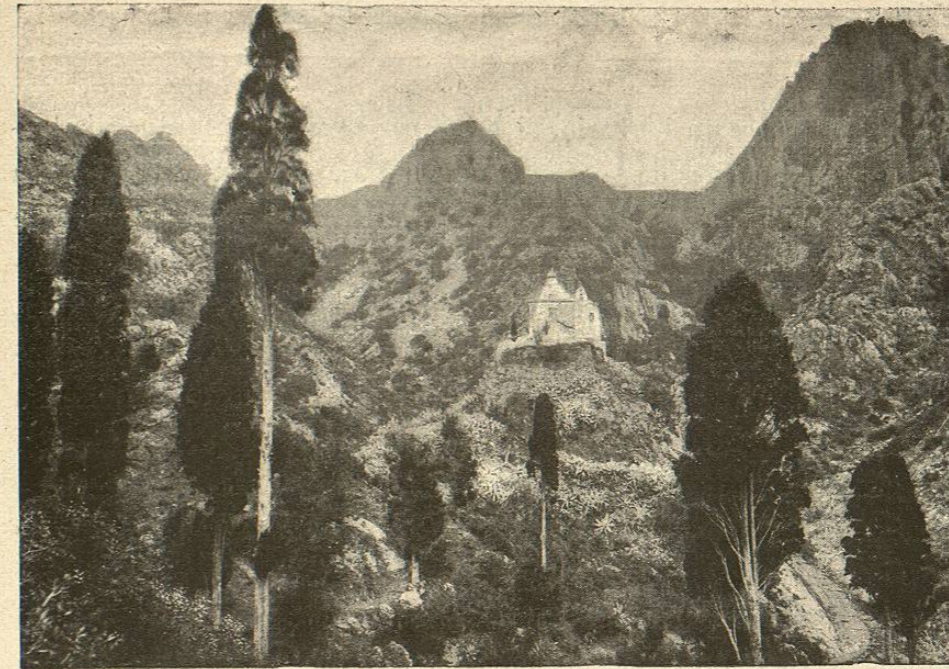
(2) «Llegué á Roma con intento de ver á los agentes del gobierno británico en las cercanías de la isla de Elba y al objeto de establecer con ellos seguras y confidenciales relaciones...» (CAMPBELL, p. 117). «Es preciso recurrir á todos los medios para saber lo que ocurre en la isla y os agradecería que me dijeseis cuanto sepáis». (Stharenberg á Campbell. CAMPBELL, p. 129). «Lord Exmouth, comandante de la escuadra del Mediterráneo, ha tenido á bien estacionar en la isla de Elba el brique *Swallow*, por cuyo medio podré ponerme en comunicación con todos los puertos. Me propongo ir á Sicilia por unos días para darle á lord Bentinck cuantos informes tengo y aprovecharme de sus consejos para mi conducta futura». (CAMPBELL, p. 118 y 197.) «Vigilo rigurosamente todos los buques de la isla, cuya lista tengo el honor de remitir á V. S., según la transmití al almirante Penrose, sucesor de lord Exmouth, y al oficial de estación en la isla de Elba.» (Campbell á Castlereagh. CAMPBELL, p. 199).

El Emperador estaba al corriente de sus manejos y le correspondía con igual disimulo, prodigándole sus más amables sonrisas. Al fin y al cabo no tenía que ocultar nada, pues en extremo inocente era cuanto hacía en su isla y valía más que hubiese quien pudiera atestiguarlo.

También Napoleón contaba con policía secreta, y Campbell no estaba muy seguro de que su propio criado no fuese espía. El Emperador se reservaba cuantos informes recogía. El juez Poggi estaba encargado de «explorar las familias» y de enterarle de los chismes de vecindad, que en las poblaciones de corto vecindario divulgan todos los secretos. Personalmente, tenía maña especial para tirar de la lengua á las personas sin que ellas lo notaran, y á este propósito, con su aparente bonachonería, en sus momentos de mal humor y en sus fingidos arrebatos de cólera decía lo contrario de lo que pensaba. De este modo se informaba él y con duplicado provecho inducía á los demás á error.



El palacio de los Molinos.



La montaña y ermita de la Virgen de Montserrat.

CAPÍTULO III

EL ÚLTIMO IDILIO

El Emperador forma una biblioteca. — El Emperador acaba de explorar su isla. — Visitas al pico de Giove y á Montserrat. — Conquista de la isla Pianosa. — San Martino. Saint-Cloud. — La sala de las Pirámides y el techo de las dos palomas. — Alcoba y bañera del Emperador. — Humillaciones y afrentas. — El Emperador se traslada al monte Giove. — María Luisa no llega aún. — La «Vallière» del Emperador.

Pasaron los primeros meses de la estancia imperial sin que ningún acontecimiento notable turbara aquella vida provinciana, apacible y vacía en su misma agitación. El Emperador se levantaba por lo regular antes del alba, hacia las tres de la madrugada, con objeto de disfrutar del fresco matinal. Pasaba el tiempo leyendo en el gabinete contiguo á su alcoba (1).

A la sazón se ocupaba en formar una biblioteca. En Fréjus compró algunos libros por 240 francos, una *Biblia*, de Silvestre de Sacy,

(1) MONIER, p. 56.— Entre las cuentas de Peyrusse (*Apéndice*, p. 51) se encuentra la siguiente nota: «Gabinete de S. M. Una mecedora de madera gris con listones dorados, como la biblioteca. Seda amarilla.»